

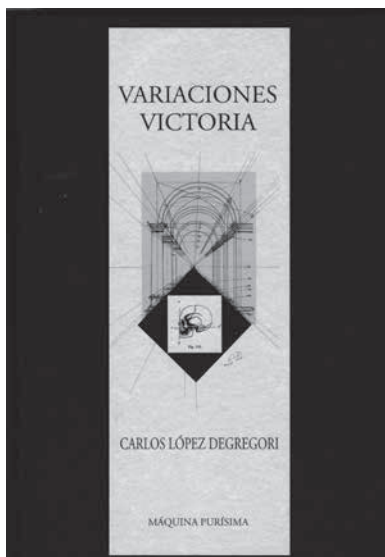
Variaciones Victoria

DIEGO OTERO
 Universidad de Lima
 dotero@tresmitades.com

En 2019, Carlos López Degregori publicó *A mano umbría*, un libro de más de doscientas páginas, escrito en un estilo que discurre entre el ensayo, la memoria, el relato ficcional y el poema en prosa. Uno podría decir que este libro es el hito que clausura una nutrida obra poética previa, que el autor reunió en *Lejos de todas partes* (una obra poética radicalmente singular para la tradición peruana; radical desde su sintaxis, que suena siempre como las percusiones de un ritual misterioso e intemporal, hasta sus atmósferas y sus asuntos, que tienen el halo egureñiano de lo que se resiste frente a eso que llamamos realidad). Pero *A mano umbría* es a la vez una herramienta concebida para realizar un vuelo rasante sobre toda esa obra previa; auscultar esa obra desde la reflexión, el recuerdo, el gesto verbal que, de pronto, se lee y se siente como si la mano que escribió aquellos poemas del pasado surgiera de la propia página para seleccionar y acomodar el orden de las palabras.

A mano umbría presupone también una pregunta inevitable, de cara al trabajo literario posterior: ¿y ahora qué? Ejecutar ese vuelo rasante nuevamente ya no tendría gracia, podríamos decir. Entonces el libro responde la pregunta adoptando la función opuesta a la de la clausura: la inaugural. Así, el espacio textual que se abre en *A mano umbría* es el de una bisagra, y da pie a *Variaciones Victoria* (2022), como un lugar liminar. El primero se muestra como un libro híbrido, como un *mash up* de géneros; el segundo aparece más bien como una escritura del límite, de la ambigüedad, de la frontera imprecisa o porosa entre poema y relato, entre memoria y fantasía, entre reflexión e impulso gestual, entre información y argumentación, entre lo infinito y lo perecible, entre magia y ciencia.

Al inicio de la variación XVII dice: “El espacio y el tiempo se curvan, se dan vuelta como un guante y regresan al punto de donde salieron. Es 1963 y soy una monja. ¿Cuántos



Variaciones Victoria

Carlos López Degregori
Máquina Purísima
 Lima, 2022, 80 pp.

años tendré? Muchos, una hilera de guantes blancos incontables. Arrastro los pies por la calle Córdoba y me dirijo al patio del Silencio. Hay miel imaginaria allí: gotas salidas de los pechos de Catalina de Siena...” (p. 43). Y en la variación XXIV retreuca: “Los astrónomos actuales han determinado que la estrella de 1572 era una supernova y es ahora una inmensa nebulosa de gas que se expande a cientos de miles de kilómetros por segundo. Todas las narices son nebulosas. Todos los rostros son nebulosas que se expanden en todas direcciones hacia un helado destino...” (p. 57).

Se trata de un libro construido a partir de una idea, o más bien de un “objeto” concreto: un cráneo, una calavera. Pero no una calavera cualquiera, sino una que tiene un significado afectivo, particular, para la voz que enuncia el poema. En la primera de las XXXII variaciones que componen el libro conocemos la anécdota: fue un obsequio, no conocemos su origen ni su género ni su identidad. Y luego de eso lo que hace

López Degregori es asediar verbalmente a esa calavera particular. Y en la acción de ser asediada, la calavera empieza a imantar cosas: imanta recuerdos, lecturas, datos o teorías, asociaciones misteriosas o profundas, el pasado y el futuro y hasta la posibilidad de jugar a la detención del tiempo. En la variación XXX se afirma: “Si trazara una línea con todos estos segundos-minutos-horas-días-meses-años tendría una idea del falso tiempo sucesivo. ¿Ha pasado qué? ¿Un vértigo, una serpiente, un parpadeo? ¿Me encamino a un final vergonzoso, a un origen?” (p. 69).

En 2007, Damien Hirst imantó una calavera con 8 600 diamantes y le puso el título “Por el amor de Dios”. Es la versión ultracontemporánea y ultrasecular de la tradición de la *vani-tas*, de los bodegones con cráneos que representan la fugacidad de la vida. En 2022, Carlos López Degregori publica *Variaciones Victoria* que es su propia *vani-tas* y que, por supuesto, es superior a la de Hirst: no necesita joyas ni titulares estentóreos para generar su encantamiento; solo el leve barniz de una calavera anónima y su capacidad infinita para generar interrogantes.

En “Calle de sentido único”, Walter Benjamin dice que una calavera “une la ausencia total de expresión (la negrura de las órbitas) a la expresión más salvaje (la mueca de la dentadura)”. Esa ambigüedad, esa posición liminar, cuya aventura es precisamente la celebración de no saber dónde se pone el pie, es también la vocación de un libro como *Variaciones Victoria*. Un libro que, por otro lado, cumple cabalmente con aquello que Roland Barthes pedía como la condición ideal de una obra artística: que sea novedosa sin ser totalmente nueva: que ofrende algo a la tradición, pero que ese algo no posea la rigidez de lo recién plasmado, la incomodidad de esos zapatos que todavía no conocen nuestros pies. Eso es *Variaciones Victoria*: lo novedoso que no es demasiado nuevo. El golpe de frescura que viene de un tiempo sin tiempo.